

EMILIANO ZAPATA EN CHIAPAS

Entrevista a Sergio Zermeño

El 10. de enero de 1994, cuando aún no se apagaban las luces festivas de año nuevo, tres mil guerrilleros indígenas y campesinos del sureño Estado de Chiapas, en la frontera con Guatemala, se lanzaron a una ofensiva militar contra el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, que sorprendió a la opinión pública nacional e internacional. Y sorprendió, no sólo porque se compartía, después del derrumbe del sistema socialista, la tesis del fin de la violencia armada como opción de transformación política y social, sino porque se había aceptado la imagen oficial de un México moderno, sólido en lo económico y firmemente enrutado hacia la democracia pluripartidista.

El momento elegido para la ofensiva militar estuvo lejos de ser un hecho fortuito: mientras el presidente Salinas de Gortari se aprestaba a signar su ingreso al llamado primer mundo, después de la firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) irrumpió en la escena política para evidenciar que aún existen conflictos irresueltos en América Latina por donde se pueden validar expresiones de confrontación armada con el Estado.

Además de los graves problemas de ilegitimidad política derivados de prácticas electorales fraudulentas que consagraron el triunfo continuo del Partido Revolucionario Institucional por más de sesenta años, la Primera Declaración de la Selva Lacandónia señalaba el lado oscuro del proyecto neoliberal: serios desequilibrios regionales entre el norte y el sur de México, pobreza creciente en el campo y la ciudad, quiebra de los productores agrarios tradicionales y, sobre todo, la marginalidad étnica de diez millones de indígenas que se habían quedado sin representación en el legado institucional de la revolución mexicana.

A un año de iniciado el conflicto político-militar en México, los acontecimientos continúan desenca- denándose uno tras otro sin darle tregua a la imaginación. La crisis económica y financiera que pone en peligro la presencia de la inversión extranjera y la ratificación misma del pacto social entre gobierno, empresarios y trabajadores vigente por más de una década; los asesinatos de dirigentes priistas que reviven los tiempos fundacionales del México posrevolucionario, y la ruptura de las reglas no escritas en el comportamiento de la élite política, están señalando una crisis integral del sistema político mexicano. Para hablar sobre estos temas, se entrevistó al profesor Sergio Zermeño, investigador del Instituto de Estudios Sociales de México y representante de las Organizaciones No Gubernamentales en la primera ronda de negociaciones entre el Gobierno y el EZLN, efectuada en marzo de 1994 en San Cristóbal de las Casas.

Aura María Puyana*

Aura María Puyana: Entre enero de 1994 y febrero de 1995, la crisis mexicana mostró sus diferentes rostros: insurrección indígena, ase-sinatos políticos, corrupción y crisis

económica. Todo en un tiempo récord. Estos sucesos han cambiado la percepción que los mexicanos tenían de sí mismos y de su país?

* Socióloga, profesora del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.

Sergio Zermeño: Claro que sí, esa imagen cambió drásticamente: de la noche a la mañana surgió un movimiento armado; en menos de seis meses fueron asesinados dos miembros de la cúpula priista, el candidato oficial a la presidencia, Luis Donaldo Colosio y Francisco Ruiz Massieu, secretario general del Partido Revolucionario Institucional (PRI), y a la vuelta de un año del proclamado "ingreso al primer mundo" se desató, como gran paradoja, una crisis económica que puso en entredicho el modelo neoliberal implantado por Salinas de Gortari.

El impacto fue enorme. Los mexicanos tienen ahora la impresión de que lo invulnerable se volvió vulnerable, como si el principio de autoridad se estuviera desmoronando y nos encontráramos a las puertas de la destrucción del Estado Central. Y eso en México asusta a cualquiera porque tras la ruptura del orden siempre se desencadenaron las grandes catástrofes sociales y políticas de nuestra historia. En estos casos, como sucedió en la revolución de independencia y en la revolución mexicana, los hombres de la guerra entraron a sustituir a los hombres de la política...

Aura María Puyana: En el escenario tenemos, entonces, pugnas intestinas dentro del PRI y, por otro lado, violencia social y guerrillera. ¿Cómo enlazar acontecimientos tan distintos, pero que suceden en el mismo contexto y en el mismo tiempo histórico?

Sergio Zermeño: No sé si suene irresponsable contrastar el significado de las muertes priistas y chiapanecas. En la medida en que evidenciaron una fractura en el partido de gobierno, los asesinatos de Colosio y Ruiz Massieu no pueden interpretarse como el resultado de un conflicto entre una fuerza social "externa" y un Estado omnipotente. Esos fueron acontecimientos amargos, propios de un cuerpo político en descomposición. Las muertes de la insurrección indígena en Chiapas, por el contrario, fueron muertes fecundas que abrieron caminos de esperanza a una sociedad amordazada y sin posibilidades reales de expresión política. Para quienes no sabemos de alternancias ni de oposiciones, es muy

pedagógico contar con un adversario que se mantenga afuera y confrontando el principio central de autoridad. Desde esta perspectiva, la existencia del EZLN ha sido positiva para nuestra cultura política.

Aura María Puyana: Ahora se puede afirmar que como México sí hay dos. ¿Cuáles serían las diferencias y las similitudes con los países de América Latina donde los conflictos parecen insolubles y la lucha armada está más arraigada?

Sergio Zermeño: La diferencia es clara. Contrariamente a Colombia, Perú o El Salvador, donde la violencia es constante, podría decirse que funcional a su desarrollo histórico, en México las oposiciones políticas o armadas son efímeras, no pueden durar mucho tiempo. La lógica estatal simplemente no lo permite. El Estado actúa muy rápidamente para desbaratar por medios autoritarios cualquier elemento de ruptura del orden y llegar cuanto antes a un punto de resolución. Tengo la impresión de que en Colombia existe todavía un campo de conflictividad no resuelto entre sectores oligárquicos y populares que abre espacios para movimientos armados de largo aliento. En México no existe la convivencia estable entre adversarios. Aquí la política se desarrolla sobre un principio muy tajante: o aquél o yo, pero no el otro permaneciendo junto a mí. Con esta lógica se definirá el conflicto armado en Chiapas.

Aura María Puyana: Pero el conflicto lleva un año, y hemos visto los zigzags del poder. En dos ocasiones, con Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo se ha transitado de la ofensiva militar y la descalificación del EZLN a su reconocimiento como interlocutor para un diálogo de paz. Es decir que, contrariamente a lo que usted afirma, hay ya una relativa continuidad en el tiempo....

Sergio Zermeño: Aunque las posibilidades de permanencia del EZLN siguen siendo reducidas, algo ha cambiado en México, es cierto. Muy a su pesar, ni Salinas de Gortari ni Zedillo pudieron optar por aniquilar a los zapatistas,

como seguramente hubiera sucedido en otras condiciones.

Más allá de la fortaleza militar zapatista, que es reducida, existen factores contextuales que están dificultando la adopción de medidas de corte represivo. Aunque es muy difícil, trataré de resumirlos en pocas palabras: en primer lugar, los lazos internacionales que México tendió con el Tratado de Libre Comercio y el ingreso a la OCDE. Participar del llamado "Primer Mundo" supone una cierta civilidad política que debe probarse de varias maneras, especialmente con la pureza del sufragio y el respeto a los derechos humanos. En segundo lugar, esa guerrilla tiene bases sociales regionales y nacionales muy fuertes. Las comunidades indígenas y campesinas, incluso las que rechazan el uso de la violencia y que tienen algún grado de relación con el partido de gobierno, reconocen en los zapatistas a una fuerza guerrillera legítima que lucha por intereses muy suyos, desconocidos por el gobierno central y por los grupos privilegiados regionales. Si vamos a las ciudades, allí la pobreza de los indígenas ya no se discute; ante los ojos de la mayoría, la lucha por mejores condiciones de vida tiene un elemental sentido de equidad. Todos estos factores nacionales e internacionales están obligando al sistema político mexicano a moverse con una lógica que no es la suya. De allí los virajes bruscos, los titubeos y las contradicciones.

Aura María Puyana: La confluencia entre insurrección armada, invasiones de tierra y reivindicaciones de autonomía indígena permite dudar de la caracterización del EZLN como una guerrilla en el sentido clásico del término. ¿Es más bien un movimiento social indígena en armas?

Sergio Zermeño: Creo que sí. Antes de nacer dejó de ser guerrilla para convertirse en un movimiento social armado, indígena y campesino al mismo tiempo. Esto tuve la oportunidad de percibirlo personalmente, cuando participé como representante de los Organismos No Gubernamentales en la primera ronda de conversaciones entre el gobierno y los za-

patistas. La disposición de los actores sociales en la escena del conflicto puede ilustrarse incluso geográficamente: a un lado, la guerrilla internándose en la selva, después de los primeros diez días de ofensiva, y los campesinos invadiendo las haciendas que rodean las ciudades mestizas, en el lado opuesto. Nadie puede asegurar que esos hombres de pasamontañas y fusil largo no sean los mismos que aparecieron vestidos de paisanos, con el palaquiate en el bolsillo y un arma corta reclamando las tierras que siempre han considerado suyas. Palaquiate no es un arma, sino un pañuelo de colores que todos cargan en la parte posterior.

El ejército se equivocó por completo al considerar al EZLN como una organización guerrillera extraña a las comunidades indígenas. Al no detenerse a pensar en la permeabilidad de las dos zonas, los militares se ubicaron en la mitad, entre la selva y las ciudades, es decir entre el frente armado y el frente civil de una misma sublevación social.

Aura María Puyana: Se discute mucho sobre el papel del Ejército Mexicano en un conflicto cuyos contendientes están muy bien delimitados, y el sector popular aparece compartiendo territorio, reivindicaciones y discurso con la guerrilla zapatista.

Sergio Zermeño: Si los guerrilleros y los campesinos entretejen sus acciones como hasta ahora, los militares no sabrán para donde disparar. Son muchas los indicios que muestran a un ejército reacio a adoptar una posición de clase definida, al lado de los propietarios de tierras y en contra del campesinado... Pueden perseguir a los guerrilleros en la selva mientras sean ejército zapatista, pero no propiciarán con facilidad una guerra civil; ello cambiaría totalmente el carácter del Estado y del ejército mexicanos... En el caso extremo será normal que termine cumpliendo las órdenes del ejecutivo.

El problema es muy complejo. El sur de México es más centroamericano que norteamericano. Allí, la revolución apenas dejó su huella, por-

que mantuvo intacta la estructura agraria y el poder de los grandes hacendados. Por eso, no debe extrañar esa masiva recuperación de tierras que alcanzó las 100.000 hectáreas entre febrero y marzo de 1994, tan pronto se declaró la tregua entre gobierno e insurgencia. En ningún momento puede descartarse la posibilidad de que el conflicto agrario se vuelva oaxaqueño, guerrerense o michoacano, para enumerar algunas regiones donde existen condiciones socioeconómicas similares. Y eso el régimen ya no lo puede manejar tan fácilmente con el principio de "te mato o me matas, pero en este mismo momento".

Aura María Puyana: Polítólogos y periodistas internacionales califican al EZLN como a una guerrilla posmoderna. Esta afirmación está sustentada en las declaraciones del subcomandante Marcos y en los comunicados del Comité Clandestino Indígena Revolucionario. ¿Cómo interpreta usted esa afirmación?

Sergio Zermeño: Quienes llamaron al EZLN, tal vez con exceso de vanidad, como a una "guerrilla posmoderna", estaban pensando en su lejanía con los discursos fundacionales propios de la izquierda marxista. Por ningún lado se encuentran referencias a la toma del poder en sus proclamas. Sin embargo, al calificativo de posmoderno habría que encontrarle más fondo, aunque no cabe duda de que existen planteamientos novedosos en un movimiento armado que nace en las postrimerías del siglo XX.

Un rasgo distintivo sería su trabajo político y cultural firmemente enraizado entre las comunidades indígenas. Esa interrelación pudo apreciarse muy claramente en la primera ronda de negociaciones, cuando se traducían todas las intervenciones de los representantes del gobierno, la iglesia y la guerrilla a los dialectos locales, básicamente al tzeltal y al tojolabal, que eran los dialectos de los 18 encapuchados que acompañaban al subcomandante Marcos en la catedral de San Cristóbal de las Casas. Este es sólo un ejemplo de la sensibilidad y el nivel de vinculación social establecido entre la guerrilla y las comunidades indígenas.

Llama la atención, también, la identificación proclamada con la religión católica y más exactamente con la doctrina de la teología de la liberación, cuyos principios han orientado la lucha de los indígenas por su dignidad y su supervivencia. Un tercer elemento sería el reconocimiento de la vía electoral en la reforma democrática de México y la necesidad de garantizar elecciones limpias y en igualdad de condiciones para todos los partidos políticos. Esta consigna le generó mayores simpatías al EZLN porque era precisamente lo que estaban reclamando una gran cantidad de organismos ciudadanos a lo largo y ancho del país.

Nos encontramos entonces con una guerrilla que se declara "hermana" de las organizaciones indígenas y agraristas que no aceptan el recurso de las armas; que no descalifica las elecciones, ni se proclama vanguardia revolucionaria de nada, ni de nadie... El EZLN se distancia, además, de la retórica revolucionaria de corte leninista, maoísta o guevarista a los que estábamos acostumbrados en América Latina. Bueno, eso ya es sorprendente.

Aura María Puyana: ¿Cuál es entonces el discurso del zapatismo contemporáneo?

Sergio Zermeño: El EZLN estructuró su discurso alrededor del hambre, la miseria y la enfermedad de los pueblos indígenas. Su relato es simple y directo: "Nosotros, –dicen–, entendemos que no tenemos cabida dentro de la propuesta globalizadora y que es muy difícil enfrentarla con los recursos a nuestra disposición. Entendemos que nos estamos muriendo de hambre y de enfermedad y que si nos vamos a morir irremediablemente, porque no nos queda otra opción, preferimos morirnos con las armas en la mano, pero con dignidad". De allí no puede deducirse que el zapatismo sea un movimiento contestatario. Al plantear la creación de unidades productivas para la exportación o para el autoconsumo, construye alternativas que garantizarían, como objetivo fundamental, la identidad étnica y la supervivencia de las comunidades regionales, incluso dentro del esquema transnacional.

Las repercusiones morales de esta argumentación fueron innegables. Todos los contradiscursos de la intelectualidad afecta al régimen, acusando a los zapatistas de entorpecer el proceso de transición democrática, se desarmaron por completo. Mientras la opinión pública seguía este debate, los periodistas extranjeros y nacionales transmitían las imágenes sobre las reales condiciones de vida del indígena mexicano. Esas imágenes hablaban por sí solas.

Aura María Puyana: Usted señala que la dimensión latinoamericana de la insurrección indígena zapatista se da en la medida en que representa la resistencia de los marginados a la globalización. ¿Podría desarrollar este planteamiento?

Sergio Zermeño: En el seminario de Villa de Leyva organizado por el IEPRI, "Democracia y reestructuración económica en América Latina", en abril de 1994, afirmé que Chiapas representa el lugar insuficientemente vigilado por donde se coló el descontento de los mexicanos que se quedaron sin razón de existir en el modelo aperturista. En resumen, que la modernización salvaje estaba acabando con nuestra modernidad inacabada. Ese juego de palabras tiene sentido: me refiero a los actores nacionales que se constituyeron durante la etapa de sustitución de importaciones, —pequeños empresarios, capas medias, obreros y sobre todo campesinos medios y pobres—, sin capacidad de competir con los productos norteamericanos. Con este análisis pasamos de tres mil guerrilleros a 10 millones de indios y a 20 millones de campesinos productores de maíz y frijol, inconformes porque se están quedando sin tradición, pero que tampoco tienen esperanzas en la modernización prometida. Sin duda, esa misma evidencia se extiende a muchos países de América Latina.

Aura María Puyana: Para compensar los resultados negativos de la apertura, el gobierno de Salinas de Gortari creó el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), que entre otras cosas se intenta copiar en Colombia. ¿Cuál es el balance de esa política social en el contexto

de la crisis económica y la insurrección chiapaneca?

Sergio Zermeño: Pronasol fracasó porque no tuvo como objetivo la articulación de actores sociales con identidad y organicidad. Ese mismo esquema, que está presente en toda la política neoliberal aplicada en México, se encaminó a vaciar las intermediaciones sociales, a destruir nuestro tejido social. Se llegó al extremo de procrear paralelismos y enfrentamientos con las organizaciones sociales permanentes que el gobierno no podía manejar a su antojo. El 70% de los recursos de Pronasol se destinó a financiar obras de corto plazo, donde se congregaba a una comunidad que luego debía dispersarse. El 30% restante se dirigió a financiar partidos políticos que pudieran fragmentar o dividir a la oposición cardenista. Ese caso fue muy claro en la maduración del Partido del Trabajo, a partir de reductos maoístas con los cuales tenía vínculos Raúl Salinas de Gortari, hermano del presidente y asesor ejecutivo de Pronasol. Una política social que deriva en instrumento electoral y se maneja de manera interesada tiene altas probabilidades de fracasar.

Aura María Puyana: Impresiona el carácter festivo de las manifestaciones en el medio urbano. Las fotos muestran a muchos Marcos con pasamontañas, a muchas Adelitas con la ametralladoras de juguete terciada al hombro, a batallones simulando combates que recuerdan a la revolución mexicana, etcétera.

Sergio Zermeño: Las manifestaciones urbanas cambiaron radicalmente su composición social; ahora tienen un contenido popular extraordinario. En los desfiles sobresalen las columnas campesinas que llegan de la periferia, pero sobre todo, la presencia de los sectores urbanos empobrecidos que bajaron a compartir la escena con los sectores medios, en un momento de crisis generalizada. Este nuevo protagonista urbano hace eco de las consignas más radicales y permite que sean los grupos más proguerrilleros quienes asuman la conducción de las manifestaciones. Es el México bronco y plebeyo en acción. Entre

tanta gente anónima, ahora es difícil encontrarse con los "cuates" de la universidad que anteriormente coreábamos las mismas consignas en las mismas marchas de protesta.

Aura María Puyana: Con las pugnas y la indisciplina interna parece incontrolable el desmoronamiento de la estructura piramidal del PRI. Más que disputas ideológicas por el manejo de la economía y la política, presentamos un turbio forcejío entre personalidades y pequeños grupos de interés.

Sergio Zermeño: El malestar es inmenso dentro de la clase política. Después de la muerte de Colosio, la vieja guardia priista no repuntó lo suficiente como para imponer a una figura más cercana al estilo y los planteamientos históricos del PRI. Para la segunda sucesión, el mismo pequeño grupo de jóvenes tecnócratas que rodeó a Salinas de Gortari propició una especie de golpe de estado interno para nominar a Ernesto Zedillo como candidato a la presidencia, un personaje sin trayectoria política y del corte neoliberal más ortodoxo. Esa designación fue tan hermética y burocrática, que no es exagerado afirmar que se volvió más clandestino el PRI en el gobierno, que el zapatismo con su discurso público desde la selva. Con los últimos acontecimientos, las fracturas del partido de gobierno, que ahora son múltiples, tienden a ahondarse. Creo que esa dinámica es irreversible.

¿Qué pasó realmente en el orden político mexicano? La locura modernizadora desordenó el establecimiento. Una camada de jóvenes bien nacidos pensó que podía refundar a una nación mestiza y desigual en escasos seis años. Creyó que con bajar los aranceles y privatizar los bienes públicos surgirían espontáneamente los empresarios competitivos... Pero con el desmantelamiento de la planta productiva generaron desempleo, informalización, migraciones y delincuencia; y en el plano político, aunque golpearon algunos reductos caciquiles, desmantelaron también los espacios de intermediación socio-política que se encontraban a su paso. La generación de Salí-

nas de Gortari fue la generación del caos y Zedillo tiene que lidiar con las consecuencias.

Aura María Puyana: Cuando Zedillo ordenó la ofensiva militar sobre el EZLN, justificó la medida como un acto de recuperación de la soberanía estatal que no desvirtuaba para nada la intención política de negociar y resolver los problemas estructurales que sobrecalientan el clima político en Chiapas.

Sergio Zermeño: La lógica política del dispositivo militar ordenado por Zedillo fue aclarándose con el paso de las horas: ni para las fuerzas dominantes nacionales, ni para el sistema financiero internacional es aceptable, desde cualquier punto de vista, reconocer al EZLN como sujeto de negociación. Ello implicaría admitir que el gobierno mexicano había perdido control sobre parte del territorio chiapaneco, en donde las comunidades indígenas estaban promulgando sus propias formas de recaudación fiscal y de gobierno, al margen de las autoridades priistas.

El ambiente está muy enrarecido. El discurso neoliberal que se proclamaba triunfante para manejar las llaves de la política y la economía se empañó por completo, y eso es definitivo para lo que suceda en adelante. Antes de reiniciar las pláticas públicas, es preciso "achaparrar" al movimiento guerrillero e indígena zapatista, porque su legitimidad es directamente proporcional a la ilegitimidad del modelo económico neoliberal. Y no podemos olvidar que Zedillo es el heredero directo de ese modelo.

A nivel nacional, el *impasse* no es muy fácil de resolver. Ante el notorio relajamiento que se percibe en la sociedad mexicana, una de las opciones es suprimir el espacio de la política, anulando todas las expresiones sociales, desde la intelectualidad hasta la guerrilla. Claro que eso no es tan fácil; no se puede enganchar neoliberalmente por la vía autoritaria, sin generar un rechazo enorme que obligue a emigrar al capital extranjero, base de ese modelo. Ojalá me equivoque... pero sostener al ejército en Chiapas y mantener en

sordina a los zapatistas significa no volver a montar la misma mesa de negociaciones.

Aura María Puyana: A solicitud de la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI), usted formó parte de una nutrida delegación de ciudadanos mexicanos que verificarían las repercusiones de la ofensiva militar ordenada por el presidente Zedillo. ¿Cuáles fueron las conclusiones de la visita?

Sergio Zermeño: Entre el 6 y el 10 de marzo pasado, un grupo de ochenta personas se desplazó a Chiapas para medir las consecuencias de la ocupación militar de los territorios bajo control zapatista. En esa delegación había de todo: artistas, exministros, comentaristas deportivos, sacerdotes, diputados campesinos y la inevitable jungla de periodistas y académicos.

Después de visitar las Margaritas, Ocosingo, Amatitlán, Flor de Café, el castigado ejido de Morelia y la reserva ecológica de Montes Azules, pudimos concluir que si bien el Ejército Mexicano no había atentado de manera directa contra la integridad física de los pobladores, sí había destruido sistemáticamente los medios de su reproducción material. Quedaron inservibles la mayoría de los utensilios domésticos, los aperos de labranza, los depósitos de agua, y lo que es más grave, las semillas para las próximas siembras. Una vez arrinconada la guerrilla en la Lacandonía, los militares se dedicaron a extraer, como si fueran un exprimidor de limones, a todos los civiles que se habían refugiado en la selva. Los vimos regresar enfermos, moralmente decaídos y atestiguando impotencia por no poder sostener el ciclo vital, por encontrar destruidos sus bienes. "Nos chingó el gobierno" reconocían, aunque no aceptaban las despensas del Pronasol.

Esas acciones militares se justificaron como una recuperación de la soberanía. Pero yo me pregunto: ¿Será que nuestra cultura no puede

con la libertad del otro y que la soberanía nacional no puede convivir con la soberanía social? Sólo una cultura política perversa puede hipotecar por un tiempo o para siempre el petróleo a los Estados Unidos, en el mismo instante en que manda helicópteros artillados para arrebatarles a unos indios la bandera nacional y sus símbolos ancestrales.

Aura María Puyana: Aparentemente la acción militar obligó a los zapatistas a refugiarse en la selva, cortando los vínculos con la población campesina que le sirve de apoyo y de caja de resonancia. ¿Cuáles son las perspectivas políticas y militares de los zapatistas?

Sergio Zermeño: Aunque la ofensiva militar colocó a los dos ejércitos frente a frente, después de "limpiar" la región de la población civil potencialmente prozapatista, no se puede afirmar que la operación haya sido exitosa. Durante un año, los indígenas zapatistas pidieron a gritos que les reconocieran su autonomía, mandaron señales desesperadas de su alta vocación política y hasta colocaron moños blancos en los cañones de sus rifles 22, para terminar prácticamente orillados a la guerra de guerrillas ante la presión del ejército central.

Separar "inteligencia militar" y movimiento social indígena, equivale a desmantelar una fuerza colectiva para hacerla tributaria del Tlatoani Mexica. Las implicaciones políticas pueden ser muy graves, porque al militarizar un conflicto que es social, étnico, regional y económico, inevitablemente se desdibujan las intermediaciones civiles que hacen parte integral de ese conflicto y de su solución. Yo estoy seguro de una cosa: sin la presencia de los actores regionales, incluida la iglesia progresista, la reconstrucción y la reconciliación de Chiapas es impensable, por no decir que imposible.